

De la comunicación a la cultura: una transición posible

ANALÍA BRANDOLÍN

Conocí a Mariángela Rodríguez Nicholls en 1998, como profesora de un seminario sobre estudios culturales de la currícula de la maestría en comunicación de la Universidad Iberoamericana Ciudad de México, en la cual yo cursaba el último año. Al término de este ciclo, Mariángela me sugirió que hiciera el doctorado en antropología en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), donde ella desarrollaba la mayor parte de su carrera académica —programa que, además, se inauguraría ese mismo año—.

Con mi formación de base en ciencias de la comunicación, nunca había ni siquiera imaginado la posibilidad de integrarme a un posgrado en otra disciplina que no fuera mi área de especialización —hasta ese diálogo con Mariángela, era impensable—. Sin embargo, me entusiasmé con la idea, con la posibilidad de prolongar mi estancia en México, pero, sobre todo, con que mi formación de posgrado se viera enriquecida con otra perspectiva. Antes de poder tomar una decisión tuve que resolver varias dificultades de orden económico y académico, hasta que finalmente pude quedarme y cursar el doctorado al tiempo que preparaba la tesis de maestría. Hoy interpreto ese momento como una oportunidad privilegiada, gracias a los permisos académicos y recursos económicos gestionados por mi universidad de procedencia, así como a la gratuidad del programa de doctorado que ofrecía el CIESAS; a lo que se sumó, de manera posterior, una beca otorgada por esta misma institución para concluir mi tesis doctoral; hechos todos que, junto con mi beca anterior para realizar la maestría, me hacen sentir profundamente agradecida, pues de no haber ocurrido de esta forma, me hubiese sido imposible concluir mis estudios.

Entre los aportes que he recibido de mi querida Mariángela, primero como profesora y después como directora de mis tesis de maestría y doctorado —trayectoria a lo largo de la cual hemos forjado una cálida amistad—, destaco, en primer lugar, la noción de que, cualquiera que sea el fenómeno a observar, es necesario que quien observa

From Communication to Culture: A Possible Transition

ANALÍA BRANDOLÍN
Universidad Nacional de Río Cuarto,
Córdoba, Argentina
analiabrandolin@yahoo.com.ar

Desacatos 73,
septiembre-diciembre 2023, pp. 98-101

se estudie a sí mismo/a, ya que, o bien su punto de vista influye en el fenómeno observado, o bien sus preconcepciones se proyectan sobre éste de alguna manera. Para autoobservarse, el primer paso es la autocrítica, esto es, revisar la noción particular de ética y de estética del hecho estudiado y replantear los esquemas intelectuales propios. El método de autoobservación ayuda a alejarse de los obstáculos del egocentrismo altanero y la agresividad frustrada, y desemboca en el método de la complejidad.

El método de la complejidad supone no tratar de aislar el objeto de investigación, sino de ver qué es lo que liga entre sí los diversos factores de la realidad que lo constituyen. Es necesario identificarse con las personas, con sus rituales, con las fiestas populares, con los bailes y la música, con los juegos colectivos. Es necesario conocer este mundo sin sentirse extraño, superior o exclusivo dentro de él. Es decir, no andar por el mundo proyectando separatividad.

El método de la complejidad se opone al paradigma legitimado de la simplicidad, con el que trabajan las ciencias naturales y que fue exportado a las ciencias sociales. Con paradigma de la simplicidad me referí a esa manera de abordar los estudios que recuerda Edgar Morín (1966), cuando se opera por disyunción —se separa lo que está unido— y reducción —se unifica lo que es diverso—.

En este sentido, para mí es valiosa la mirada de Mariángela sobre la complejidad para el problema de la cultura, pues ésta no puede reducirse al estudio de datos sin profundizar en lo que los une de manera procesual. Haber tenido a Mariángela como mentora me ha comprometido con esta visión antropológica empírica particular, de que las sociedades son policulturales, están interconectadas y se encuentran en constante proceso de cambio y resignificación.

Sabemos, a partir de sus atinadas reflexiones, que un sistema de cultura se constituye de símbolos, valores, ritos, mitos e imágenes referidos tanto a la vida práctica como al imaginario colectivo. Un

sistema de cultura que convive con otros sistemas culturales —nacionales, religiosos, humanísticos, por ejemplo— no es autónomo, sino que se impregna de éstos. Así, aunque la cultura hegemónica indique un camino que se debe seguir, al mismo tiempo, de algún modo, será vulnerable a las transformaciones colectivas que traen exigencias innovadoras, procedentes de otros sistemas culturales.

Así lo revela *Mito, identidad y rito: mexicanos y chicanos en California* (Rodríguez Nicholls, 1998), uno de los trabajos de Mariángela sobre la importancia de las manifestaciones culturales de la identidad chicana y mexicana en Estados Unidos. La cultura chicana en Estados Unidos se integra a una realidad policultural y padece una necesidad de adaptación frente al ejercicio de control y censura de la hegemonía, pero al mismo tiempo procura espacios de reconocimiento que no son más que espacios creativos de adaptación, resistencia y revitalización de la historia e identidad mexicanas.

De aquí la importancia de recuperar, a partir de mi formación como comunicóloga, su noción de lo alternativo. Otorgar un peso determinante al poder modelador de la cultura hegemónica priva, a quienes investigamos, de la posibilidad de observar los movimientos de selección de tradiciones por parte de los sectores contrahegemónicos, los cuales también dan cuenta del mismo mecanismo de incorporación que, a veces, se supone que sólo opera desde la hegemonía. Se trata de un movimiento mutuo de apropiaciones y expropiaciones que nos ha permitido desentrañar la dinámica de los procesos comunicacionales; en el sentido en que hemos podido pensarlo y discutirlo con mi compañera de tesis María Eugenia Rosboch, y compartirlo con Mariángela al formular nuestra tesis de maestría (Brandolín y Rosboch, 2003). Esta investigación, así, nos enfrentó al desafío de discutir la producción radial mexicana, no sólo como espacio legitimador de la reproducción del orden social, sino como productora de sentidos alternativos e impugnadores de

ese orden, al instaurar, por ejemplo, el protagonismo del público en programas de participación.

Por otra parte, mi tesis doctoral sobre los vínculos sociales en la vejez (Brandolín, 2005), también bajo la dirección de Mariángela, me permitió reflexionar alrededor de los enfoques hegemónicos y estigmatizantes de la vejez. Durante la investigación me percaté de la existencia de puntos de vista más explicativos, es decir, no homogeneizantes de la vejez en un sentido patológico, sino concepciones que me ofrecieron la posibilidad de trascender estereotipos arraigados y valorar la vejez como un aspecto normal de la vida en toda su diversidad.

Mis investigaciones de maestría y doctorado se encuentran entre los retos personales más arduos que he tenido que enfrentar, y que he debido asumir y superar, pero también han sido oportunidades que he recibido. En particular, rescato la presencia de Mariángela como directora de ambas tesis porque muchas veces me devolvió la confianza en mis propias fuerzas. Su apoyo me ayudó a sobreponerme a la dispersión, el perfeccionismo y la tendencia a dilatar la labor efectiva o el sentimiento de no llegar a ninguna parte.

Cómo no recordar su original y generosa idea de tomarnos unos días en su casa de playa, en Zihuatanejo, con Eugenia, mi compañera de tesis, para distendernos frente a ese maravilloso paisaje costero mexicano, mientras dábamos forma a uno de los capítulos centrales de nuestra investigación, entre amenas tertulias de reflexión y debate. O su considerada y animada visita a mi ciudad natal, Río Cuarto, en Argentina, en los tiempos de la escritura de mi tesis doctoral, cuando compartimos el trabajo de campo a la par que no se privaba de disfrutar y festejar amorosamente las comidas que preparaba mi madre para su agasajo, una madre que se encontraba feliz y orgullosa de ver a su hija acompañada, transitando el camino hacia la meta profesional.

Al incorporar la mirada antropológica a mi formación, he podido vincular la comunicación a



ANTONIO COELLO ▶ Mariángela Rodríguez Nicholls en su casa de Villa Olímpica. Ciudad de México, 1994.

procesos socioculturales más amplios y a posiciones conceptuales más complejas e interdisciplinarias. En este sentido, otra de las aportaciones importantes de Mariángela desde mi perspectiva, planteada en la antropología para el estudio de la comunicación, se ha dado en la teorización y la investigación empírica sobre la recepción, los públicos y los medios de comunicación, en particular a partir de los estudios culturales, enfoque con el que comencé a trabajar gracias a su curso en la maestría y en el que seguiría profundizando muchos años después.

En la actualidad, mi trabajo se enmarca en esta problematización. Me interesa pensar en la relación de los medios de comunicación con la cultura de manera compleja, como una construcción en común del campo de fuerzas culturales. Para esto, planteo que el estudio de su dinámica debe apuntar al juego que se da entre expropiaciones y apropiaciones mutuas, a las que he hecho referencia anteriormente, y que supone mirar la dinámica que se produce entre los medios de comunicación, las audiencias y la sociedad como totalidad.

A partir de este supuesto central, mi trabajo de investigación desarrolla una perspectiva de comunicación que la contextualiza en el terreno de

la cultura, esto es, como práctica significativa en el marco de una concepción antropológica particular. De forma teórica, esto implica pensar que la cultura cobra vida en las relaciones/interacciones sociales significativas, puesto que éstas suponen la movilización simbólica entre actores que interactúan posicionados asimétrica o complementariamente en la estructura social. Entre éstos, se encuentran los medios de comunicación. Por eso se ha dicho, y con razón, en determinados estudios culturales (Martín-Barbero, 2004 y Silverstone, 2004), que los medios se integran a las actividades cotidianas, en términos de continuidades y rupturas, como también lo hacen los vínculos familiares, de amistad, comunitarios, etc. En este sentido, la comunicación mediática no puede separarse de la interpersonal, pues los contactos mediáticos son actores de conversación integrados a la totalidad de las conversaciones.

En consecuencia, en esta situación interactiva, tanto los medios como las audiencias poseen la cualidad de reproducir significación social, al tiempo que también la producen. Sin embargo, en el desarrollo de nuestros actuales avances advertimos que este tipo de interacción mediada por la tecnología es un tipo particular, pues se distribuyen las competencias culturales de las partes involucradas en el proceso de manera no equitativa. Esto quiere decir que el proceso se produce bajo determinadas

condiciones de desigualdad históricamente situadas de los interactuantes y por medio de códigos culturales diferenciados, lo que supone pensar en ese encuentro entre públicos y medios como una construcción cultural común, que no puede ser escindida de un contexto cultural exterior, en el cual están insertos los participantes de la interacción y que incide en el proceso de intercambio al momento del encuentro.

¿Qué permanece y qué cambia? Esta pregunta es característica de mis tiempos de trabajo compartido con Mariángela y me acompaña hasta ahora cada vez que me enfrento a mis objetos de investigación, sobre todo cuando me siento tentada a albergar pensamientos pesimistas sobre el mundo, ante un capitalismo salvaje que parece que todo lo disgrega, corroe, diluye, borra... y que moviliza dentro de mí sentimientos desesperanzadores respecto al cambio.

Compañera de aventuras y charlas, compañera que va más allá de las aulas, solidaria y de fácil compartir, verla llegar es ver a una profesora completa, con la que se puede hablar de cualquier problema con el que una se haya comprometido. Trabajadora incansable, con sus argumentos y conclusiones que nos invitan a pensar, reflexionar y dudar, pero sobre todo a crear, Mariángela, en este sentido, es también una artista. **D**

Bibliografía

- Brandolín, Analía, 2005, *Vivir la vejez. Aproximaciones a la participación social en torno a los factores de desvinculación laboral, relaciones sociales, autoconcepto y presencia de la muerte (casos de la ciudad de Río Cuarto, Argentina)*, tesis de doctorado en antropología, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México.
- Brandolín, Analía y María Eugenia Rosboch, 2003, *Transformaciones "al aire": radio, medios y poder*, Universidad Nacional de Río Cuarto/Fundación Konrad Adenauer, Córdoba.
- Martín-Barbero, Jesús, 2004, "Cultura. Desafíos de lo popular a la razón dualista", en *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, pp. 108-175.
- Morín, Edgar, 1966, *El espíritu del tiempo*, Taurus, Madrid.
- Rodríguez Nicholls, Mariángela, 1998, *Mito, identidad y rito: mexicanos y chicanos en California*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Miguel Ángel Porrúa, México.
- Silverstone, Roger, 2004, "La textura de la experiencia", en *¿Por qué estudiar los medios?*, Amorrortu, Buenos Aires, pp. 13-31.